

Psicología barata

M Por Nicolás Lynch

uchas cosas se pueden decir de la toma de la residencia del embajador del Japón por el MRTA y el secuestro de cientos de rehenes en su interior. Pero empieza a difundirse en los medios una explicación psicológica de la misma que busca banalizar los hechos y, lo que es peor, justificar a la postre la "solución militar" del problema.

Esta explicación describe a los emerretistas como "creyentes" que habrían llegado a su condición actual por determinados desórdenes de personalidad ocurridos en su infancia y a los rehenes, como individuos que en su mayoría habrían sufrido el denominado "síndrome de Estocolmo", y mostrarían, por lo tanto, una inusitada solidaridad con sus secuestradores.

Es cierto que los emerretistas son creyentes, es más, se trata de creyen-

tes de una terquedad particular, que continúan en su escalada de violencia terrorista cuando la sociedad peruana ha mostrado hasta la saciedad su rechazo a ese tipo de métodos para hacer política. Es cierto también que las personas que son mantenidas de rehenes pueden desarrollar una cierta simpatía hacia sus captores, como se demuestra en múltiples eventos similares. Pero reducir el problema en cuestión a la existencia de un grupito de locos que ha impresionado a otro grupo más grande por la "facilidad" que le da tenerlo encerrado, es darles un argumento peligrosísimo a los sectores más duros del oficialismo para que se ordene un asalto a sangre y fuego de la residencia mencionada. En resumen, podrían decir, si se trata de eliminar a locos qué más da.

Felizmente, amplios sectores de la

sociedad peruana demuestran con su movilización cotidiana que no han asumido esta explicación banal de los hechos. Por el contrario, a la condena tajante de este acto terrorista del MRTA y al señalamiento indispensable de que no se puede ceder a chantajes de este tipo sin abdicar de principios fundamentales de civilización, ha seguido la exigencia de que el gobierno le dé una salida negociada al conflicto, poniendo por delante las vidas humanas implicadas.

No banalizar el problema puede permitirnos, una vez superado el mismo por métodos pacíficos, llevar a su conclusión el proceso de pacificación. Esto ayudaría muchísimo a que nuestra sociedad civil cure las heridas de la guerra y empuje al país a dejar el autoritarismo e iniciar un proceso de transición a la democracia.